

III

¡Ahora que ya estás perdida
Vuelves hacia mí los ojos!
Ya no besan como entonces
Los olavetes amorosos
De tus labios! ¡Tu sonrisa
Se ha convertido en sollozos!
¿To has perdido? No me alegro;
Más no lo siento tampoco.
Tranquila está mi conciencia.
Ful contigo generoso.
Por mi amor no has sucumbido,
Has sucumbido por otro.
A él debes pedir amparo,
A él debes volver los ojos.
No me enterece tu llanto
Yéte; que no te perdono!
¡Tú desoliste mis ruegos
Cuando te dije, amoroso,
Aquella noche en la reja....
Quiéreme poquito a poco,
Que el amor que da más fuerte
Es el que muere más pronto.

DELHO DE ALAMINA.
(DRUT)

LA MUERTE DE UN HÉROE

Espiraba el año 1868. Estábamos en plena eferescencia revolucionaria.

Madrid era un inmenso horno donde las pasiones políticas se caldeaban al rojo.

Todo el mundo tenía fe, todos hablaban de política y todos peroraban y discutían con entusiasmo.

En cada calle, en cada esquina se improvisaba una tribuna y surgían los oradores por generación espontánea.

Cada ciudadano llevaba dentro de sí un Demóstenes ó un Castelar.

Pero donde la oratoria corría, se desbordaba en impetuoso torrente, era en los clubs que los Bismarks, los Bulows y los Metternichs populares habían establecido en diversos barrios de la población.

Un gran salón húmedo y sombrío, penosamente alumbrado por unos cuantos quinqués humosos, una mesilla coja y mugrienta, un par de docenas de bancos ó de sillas para el público, que en su inmensa mayoría veíanse obligado á permanecer de pie y adosado á los muros, un armatoste, especie de tribuna para los oradores; he aquí lo que con el aditamento de unos discursos incendiarios, un aluvión de pintorescas interjecciones y una nube de puños amenazando al cielo, constituían un club de los que tanto abundaban en Madrid en aquella tormentosa época.

Los más populares y favorecidos por los patriotas eran el Club del Congreso en la calle del Lobo y el de la calle de la Yedra.

En el Club del Congreso, del cual era yo asiduo concurrente, conocí á Pajares, el terrible Pajares, federal y ebanista, todo en una pieza, hombre duro, discutidor, intransigente, fanático por la idea y orador de la fuerza de una catapulta.

Cuando subía á la tribuna—y tenía abono á diario—un estremecimiento recorría la sala: cesaban las conversaciones, apagábanse los murmullos, se suspendían las controversias y las disputas, frecuente pesadilla de otros oradores, y todos los concurrentes, embozados y como hipnotizados por el tribuno, prestaban atento oído á su energética, á su incendiaria declamación.

El prestigio del orador no estribaba precisamente en lo que decía, aun siendo su lenguaje tan crudo en ocasiones, sino en el gesto, en la expresión con que acentuaba sus apóstrofes. Su discurso era siempre el mismo. Era el discurso de todos los oradores callejeros y populares en época de transformación y de asonada.

El «pueblo soberano», los «derechos inalienables», el «baldón de la servidumbre», la «ignorancia de la tiranía» y demás frases hechas y lugares comunes del «Manual del perfecto clubista».

Pero lo que en realidad constituía el inmenso prestigio de Pajares, lo que le

había conquistado el respeto, la admiración y hasta el miedo del auditorio, era los finales de sus discursos y las actitudes y efectos escénicos con los que los exornaba.

Todas las noches cortaba Pajares diez mil cabezas, ni una más ni una menos.

Todas las noches arrastraba por las calles diez mil ricos y otros tantos gobernantes, y después de descuartizarlos y hacerles pedacitos con las uñas los quemaba, arrojando sus cenizas al viento.

Todas las noches hacía correr ríos de sangre por la población y no cesaba de degollar gente, gasta que el rojo líquido vital amenazaba invadir los sobatabancos y las bohardillas. ¡Era terrible Pajares!

Al realizar, con la palabra, por supuesto, estas hecatombes, sus ojos los sanguinolentos, escondidos bajo el espeso matorral de sus cejas, lanzaban rayos; su negra barbaza, que le llegaba al pecho, se erizaba como las púas de un puerco espín; sus brazos se agitaban en el aire como aspas de molino; sus puños caían pesados como mazas de hierro sobre la pared y sobre el pupitre, estremeciendo el edificio... Reinaba en la sala un silencio de muerte. Nadie se atrevía á respirar. Los más animosos temblaban, y cuando, lanzada la última imprecación, separábase Pajares de la tribuna, el entusiasmo del público estallaba en un aplauso inmenso, formidable, frenético, acompañado de delirantes vivas.

—Eso es un hombre!—decían algunos contemplando con veneración, y quién sabe si con algo de envidia al sublime Pajares, que, rodeado de sus íntimos, recibía con grave y desdenosa actitud enhorabuensas y felicitaciones, á la vez que con la manga de la blusa enjugaba el sudor de su frente.

—Con una docena de hombres así—clamaban otros ciudadanos no menos entusiastas del héroe de la noche—el pueblo sería libre y los ricos no le chuparían la sangre.

Venían luego las anécdotas referidas en voz baja y en corrillos sobre los altos hechos y arriesgadas empresas de Pajares, y que ponían su nombre al nivel del de los más famosos héroes de la historia.

En tal época, el solo había detenido y hecho retroceder un batallón en medio de la calle. En tal día, de tal mes, de tal año, hallándose en una barricada conquistó un cañón y puso en fuga todos los artilleros. González Bravo le tenía un miedo cervical y en Palacio se reforzaban las guardias cuando Pajares tenía el capricho de pasar por la plaza de Oriente. Sin él, la revolución no se hubiera hecho. Indudablemente, Pajares era un hombre terrible.

Una noche, á poco de principiar á cortar cabezas desde la tribuna, Pajares se sintió indispuerto. El calor que es desprendía de aquella atmósfera viciada, la excitación producida por las disputas y controversias políticas, acaso la mala calidad ó excesiva cantidad del mosto consumido antes de entrar en el club, en una taberna de la esquina, quién sabe por qué, el caso es que el feroz tribuno experimentó dentro de sí una revolución mucho más formidable é imponente que la de 29 de Septiembre. Fué preciso auxiliarlo; hubo necesidad de sostenerlo y sacarlo de allí en volandas. El no quería que se le acercase nadie y daba puñetazos á diestro y siniestro y patadas á los cuatro vientos... Pudo más el número, y agarrado, en vilo, unos cuantos ciudadanos, los que más próximos estaban y más pronto lograron sujetarlo, yo entre ellos, lo condujimos á su casa.

¡Qué espectáculo! ¡Qué deplorable decepción! Salíó la mujer á recibirlo: una mujercita joven todavía; pero estropeada, pálida; enteca y consumida como una pasa.

Apenas se hallaron marido y mujer

frente á frente, los papeles se trocaron como por arte de magia. Pajares se transfiguró. De pálido que estaba, se puso lívido, y con la cabeza baja pareció pedir perdón, en tanto, que ella, hecha una furia, con los ojos chispeantes, con una mano en la cadera y describiendo con la otra un círculo en el aire, gritaba:

—¡Así vienes, borrachón, sin vergüenza!

Y le largó dos bofetadas. Allí sucumbió un prestigio; allí murió un héroe...

Pajares no pareció más por el club.

JUAN GARCÍA.

DE ALMADÉN

Sr. Director de EL QUIJOTE DE LA MANCHA.

Aquí sólo se habla de política y de las próximas elecciones.

Los candidatos surgen por todas partes, y lo notable hasta ahora es que todos ó casi todos se dicen del Gobierno.

El Sr. García Gutiérrez, joven abogado y con simpatías en algunos pueblos, parece, por lo que aquí se dice, que retira su candidatura y aconsejará á sus amigos que voten al Sr. Cendrero, que con el carácter de conservador es el que más probabilidades, por no decir seguridades, tiene de triunfar en las elecciones próximas.

Otro de los candidatos, D. Adelaido Bermúdez, en reciente discurso pronunciado en la Asociación Obrera, ha desmentido rotundamente que tuviera los propósitos que le han achacado de aspirar á la Diputación.

Ha dicho á los obreros que él y éstos votarán á aquél que más concesiones les haga.

De Luis Felipe Aguilera, se dice que tal vez no luche por este distrito y sí por otros de la provincia.

El Sr. Ruano, aquí se cree que no intentará siquiera dar su nombre, porque nada ha hecho por el distrito.

Uno de estos días será sometido á la aprobación del Ayuntamiento, el proyecto de construcción de un edificio para escuelas de niños y niñas.

El autor es el arquitecto de Ciudad-Real D. Florián Calvo, que en otras poblaciones ha dirigido construcciones semejantes.

Por hoy nada más, señor director.

EL CORRESPONSAL.

Teatro de Daimiel

Aunque á lectores que sean ajenos á esa ciudad, les parezca desusado que dediquemos mucho espacio á comentar el entusiasmo en Daimiel por el teatro, hemos de cumplir nuestro propósito anunciado de reseñar la función del 1.º de Enero.

Empezó por el preludio del «Anillo de hierro», ejecutado con la maestría peculiar del sexteto que dirige nuestro querido paisano el profesor D. Valerio Martín, y siguió á la sintonía el estreno de la comedia en un acto y en prosa, original del joven abogado D. Juan Chacón, titulada *El primo Luis*; es un precioso juguete, diálogo con mucha gracia y jen donde abundan los chistes de buena ley y se suceden sin interrupción cómicas escenas, habiendo tal enredo en la trama de novios que quieren hacerse pasar por el primo que nunca llega, que parece hallarse uno asistiendo á la representación de las lindas comedias de tapadas y galanes en que tanto se distinguieron los autores dramáticos de nuestro siglo de oro. Están bien dibujados el carácter desenvuelto y poco aprensivo de la mamá, el tímido del padre, el franco y jovial de la niña y el atrevido de los novios. Cecilia Rodríguez, Angeles Pinilla, Paco Rodríguez, Raimundo Garzás y Pepe Coca, ganaron en justicia los aplausos del público. Este estuvo galante y cariñoso con el autor, pues la obra comenzó á interesarle desde las primeras escenas y al llegar al diálogo de uno de los novios, el celiasta, que habla al padre de la novia, fingiéndose el primo Luis, se ganó por completo el auditorio, que empezó á pedir el nombre del autor. Presentóse al fin al terminarse la obra y fué aplaudido con todos los actores repetidas veces.

Tortosa y Soler siguió á este juguete, y su interpretación acertada vino á sacar de dudas á los pocos que en Daimiel creyeran

que la «Juventud daimieleña» cuenta con elementos de empuje dispuestos á demostrar que saben interpretar obras de repertorio del género dramático. Ya no es zarzuelita, ó mejor dicho, el cono y el jugueto del género chico lo que representan, ya son comedias en tres actos de la importancia y vuelos de la genial creación de Reparez y Abatti, las que los aficionados de Daimiel se lanzan á representar.

Las señoritas Angeles Pinilla, Cecilia Rodríguez, Dolores Carriazo, Luisa Gerez y Dolores Rodríguez, interpretaron á *Nieves*, *Hortensia*, *doña Clara*, *Rigoberta* y *Juana*; y los señores D. José Coca á *Tortosa* Raimundo Garzás, Juan Chacón, Paco Rodríguez y Enrique Noblejas, á *Marianeda*, *Leonardo*, *Comandante*, *Anchidria* y *Saturñino*.

Dos palabritas nada más en justo elogio y como estímulo á estos actores: Angeles Pinilla interpretó muy bien los papeles de dama joven y en el suyo de *Nieves*, tan erizado de dificultades, especialmente en las escenas con *Tortosa* y sobre todo con el poeta, las salvó milagrosamente, revelándose una actriz de mucho mérito.

Cecilia Rodríguez, como característica no tiene rival, y en su difícil papel de *Hortensia* tuvieron tanto mérito como sus parlamentos, las escenas mudas, los apartes, las situaciones, los efectos escénicos que supieron ser apreciados por el público inteligente en toda su excepcional importancia.

Dolores Carriazo, que no tuvo papel de tanto relieve, supo interpretar el suyo de viuda ó coronela también magistralmente, conquistándose, desde luego, las simpatías del público.

Luisa Gerez, con ser tan pocas las funciones en que ha tomado parte y ser la más joven de las actrices, no desmereció en nada del cuadro general, interpretando fielmente al personaje de *Rigoberta*.

Y Lola Rodríguez, en su corto papel de criada, también sacó todo el partido posible.

Todos las actrices escucharon merecidos aplausos, que nos congratulamos en repetir aquí.

En cuanto á los actores, no hay necesidad de repetir lo que de aquéllas acabamos de manifestar.

Enrique Noblejas hizo un criado y antiguo asistente superior. Juan Chacón, un poeta de tanto mérito representando como componiendo letrillas y comedias; es decir, de gran valía. Paco Rodríguez llenando la escena con su presencia de *Comandante* y arrancando justísimos aplausos.

En cuanto al doctor *Marianeda* y al protagonista *Tortosa* y *Soler*, encomendados á Raimundo Garzás y Pepe Coca, no hay mas remedio que escribir sus nombres al mismo nivel, porque los dos compartieron los más ruidosos triunfos, las más espontáneas ovaciones por igual toda la noche y para hacer la crítica de sus papeles, hay que resumirla en esta frase: *Muy bien*.

Un aplauso merecido para el director de escena D. Gaspar Fisas y otro para el traspunte Sr. Valdepeñas y muchos más para la orquesta y quinteto de *Los lobos marinos*, que desempeñaron con toda felicidad, mereciendo tres llamadas á escena y repeticiones, los señores Rodríguez, Bernardo Chacón, Antonio Luna, Enrique Noblejas y Manuel Pinilla.

Se quedaba en el tintero la mejor felicitación, la del pintor Antonio Luna.

Terminaremos con la siguiente frase: «Adelante y no desmayar.»

EL CORRESPONSAL.

Noticias

El colegio de Abogados tiene acordado celebrar un banquete en honor de nuestro querido amigo el joven doctor en derecho D. José Castillejo y Duarte, por los recientes y repetidos triunfos alcanzados en las Universidades de Madrid y Oviedo.

Como son muchos los que admiran al estudioso joven, sin pertenecer á la clase de Abogados y desearían adherirse á dicho banquete, dícese que se abrirá la lista de suscriptores para este fin.

Es un acuerdo que merece un aplauso para el colegio de Abogados que rinde justo homenaje al talento del Sr. Castillejo.

El día 3 del actual tuvo lugar en Valdepeñas el replanteo de las obras, que bajo la dirección del ilustrado y competente